



Obras clásicas en la biblioteca “Arturo Marasso”

Antonio Camarero



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

OBRAS CLASICAS EN LA BIBLIOTECA "ARTURO MARASSO"

Antonio Camarero

Platón, en la Apología de Sócrates, famosa defensa de éste en el juicio de impiedad a que fue llevado por acusación de algunos atenienses "inquisitoriales", nos dice que contestó así frente a la solicitud de pena de muerte por parte de sus acusadores: "¿Qué contrapropuesta puedo hacer ante vosotros, ciudadanos atenienses, de que pueda ser yo merecedor? Es claro de lo que justamente me corresponda. Y ¿qué puede corresponderme pagar o padecer por haber enseñado, sin descanso, toda mi vida, descuidando lo que tanto cuidan otros; el enriquecerse, el bienestar material de su casa, el llegar a general o a demagogo, los cargos públicos, las conspiraciones o revoluciones que se suceden en nuestra ciudad; por considerarme en realidad de verdad por muy moderado como para salvarme en medio de tantas incitaciones? Por eso no me metí en ellas, que, de hacerlo, no hubiera podido de ninguna manera ser de provecho alguno ni para vosotros ni para mí mismo. Me dediqué, por el contrario, a procurar hacer el bien en privado, el máximo bien posible; y, como digo, me entregué a ello tratando de poder convencer a cada uno de vosotros de no empeñarse en conseguir nada para sí sin antes preocuparse por sí mismo, de cómo llegar a ser hombre verdadero y conscientemente bueno; de no ponerse a dirigir los asuntos públicos, sin antes poner entera atención a la ciudad misma; y así de cualquier otro asunto. ¿Qué seré digno, entonces, de recibir por ser así? Sin duda, algo bueno, ciudadanos atenienses, si se me estima debida mente según mis merecimientos; un bien, por tanto, que justamente me corresponda. Y ¿qué recompensa sería digna de un hombre pobre y benemérito, que solamente desea poder vivir libremente para fomentar vuestra formación? No hay cosa que mejor correspondiera, ciudadanos atenienses, que sustentar en el Pritaneo a un hombre como yo, y mucho más por ciento que a cualquiera de vosotros que, en las Olimpíadas, haya vencido a caballo o en biga o en cuadriga. Ese tal os puede hacer creeros dichosos, yo os lo hago ser; y mientras él no necesita de mantenimiento, yo sí lo necesito. Si, pues, es debido que se me estime con toda justicia como corresponde, propongo merecer que se me sustente en el Pritaneo..." Pero sería condenado a muerte.

Mutatis mutandis, Arturo Marasso fue un Sócrates que vivía hasta hace muy poco en nuestro inmenso Buenos Aires, con similar misión del dios de la luz y la armonía para encontrar para sí y provocar en los demás la admiración por la íntima belleza de la naturaleza para llegar a la verdad esclarecedora de la esencia humana, el misterioso descubrimiento del ser del hombre. Tras un largo camino de su vida dedicada por entero a esta su vocación y ser reconocido como maestro universitario, poeta y crítico de textos literarios, aspira a un retiro bien ganado de sus actividades públicas, para entregarse en plena madurez y con tranquilidad al universo de sus libros, a unirse a tantas extrañas presencias de los hombres antiguos y de siempre en la eterna búsqueda de descifrar en la entrañable naturaleza la miseria y grandeza de nuestra existencia, a pesar, alejado del mundo de parciales especializaciones, en la totalidad del hombre y su integración en lo cósmico.

Pero la sociedad, a la que con tanto entusiasmo ha entregado su vida para mejorarla en su esencia espiritual, no sólo no le asegura el sustento en el Pritaneo como a Sócrates como ciudadano benemérito, sino que le aplica una dura lex, sed lex de jubilaciones. Esta jubilación no tuvo, como para otros muchos, el sentido etimológico y su aplicación semántica inicial de "Jubileo", de condición de privilegio para regocijo de su caso de trabajo público. No se le puede conceder la pensión en el monto esperado, aunque ya de por sí no fuera o no es lo satisfactoriamente suficiente, de manera general en todos los casos, para un tranquilo retiro tras una larga vida de trabajo.

Esta penosa situación hizo a Marasso, como lamentablemente a muchos otros, no poder entregarse plenamente a sus tan auspiciosos propósitos y tener que dedicarse a quehaceres, también de gran provecho cultural, como, por ejemplo, antologías y síntesis enciclopédicas, pero que le restaban mucho tiempo y esfuerzo a su añorada concentración en el santuario de sus libros. Y esta fue la lamentable circunstancia que resultó afortunada para nuestra Universidad, por vernos favorecidos por la entrega de su rica biblioteca. Exquisita y selectamente reunida con sacrificios permanentes durante toda su vida, con toda posibilidad habría pasado a enriquecer nuestra incipiente colección bibliográfica universitaria a su muerte, pero tuvo que decidirse a hacerlo en 1956, uniendo en tal decisión una gran alegría de poder ser útil a una nueva Universidad argentina y a un grupo universitario bien conocido por él del mismo espíritu humanista, y al mismo tiempo un doloroso desprendimiento de tan necesario instrumento, para poder ayudar a satisfacer sus necesidades vitales, con mínima compensación muy alejada del real valor de la misma.

Son inestimables los beneficios reportados por ella al Departamento e Instituto de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, especialmente en los primeros tiempos de su actividad en que casi se carecía de toda otra bibliografía. Todos y cada uno de los profesores y alumnos de estudios de Letras pueden dar fe de haber podido utilizar en la Biblioteca ARTURO MARASSO, nombre justamente dado a la biblioteca del Instituto, la bibliografía oportuna y, en lo posible, completa a veces de cualquier tema. Y aún ahora son de imprescindible consulta casi todas sus obras, por su exquisita selección e imposibilidad actual de adquisición. Personalmente puedo hablar del valiosísimo provecho en el área de los estudios clásicos. La dificultad imaginable de reunir textos y crítica básica de autores griegos y latinos se subsanó de inmediato fundamentalmente con la parte de tal campo de la antigüedad que, lógicamente por la suma atracción y dedicación de Marasso, constituía su mayor cantidad. Era y es grato y hasta sorprendente encontrar que casi no hay autor entre los tantos griegos y latinos que no tenga su texto y traducción de una u otra colección clásica (algunas obras muy valiosas e importantes como ediciones príncipes), así como los trabajos de crítica o comentario los más esenciales. Claro está que hay autores y temas más completos, como es natural, en la línea humanista del sentir propio de Marasso, desde Homero, "el sol que alumbró todo", según su expresión, pero es Platón el gran centro de atracción "el portento del género humano", y a partir de él el gran itinerario que recorrió minuciosamente en su amplia bibliografía platónica, pitagórica, hermética, neoplatónica y de espiritualismo panteísta. Los que casi sólo conocemos a Marasso por sus creaciones literarias y críticas, mediante su biblioteca disfrutamos también de una similar incitación a la admiración, al entusiasmo, a la aguda penetración de los textos y a considerar al libro y sus ideas como símbolo del universo aplicable a las experiencias vitales propias, tal como efusivamente lo hacía directamente con sus discípulos. Al tomar uno de sus libros nos inspira el mismo respeto religioso de Marasso hacia ellos como un humanista del Renacimiento, por la cuidadosa encuadernación de preciosas y valiosas ediciones. Y al abrir la mayoría de ellos nos encontramos con la "vivencia" de sus notas propias marginales y las indicaciones de sus aspectos más importantes en sus hojas en blanco. Son ellas muy especiales eruditas, referenciales, sugestivas de íntimas vivencias. Su penetración nos hace sentir el mismo acceso que inspiraba en sus alumnos a la iniciación literaria, como nos dice su biógrafo y discípulo Ciochini: "...con gozosa admiración señalaba

el fragmento lleno de secretos tesoro a que nuestra mirada adolescente sólo captaba como tal a través del fervor del maestro. Empezábamos a sospechar una relación más íntima, más honda en el saber. El saber dejaba de ser algo existente sólo en los libros; comenzaba a revelársenos como un elemento transformante; nos lo decía Marasso, esa bella cabeza llena de emoción que se inclinaba sobre la plenitud de fragmentos de Homero, Platón, Horacio, Petrarca, Fray Luis, Cervantes o Darío.”

Quien añoraba poder conocer mejor las lenguas clásicas nos enseña a quienes andamos en ellas el verdadero modo de comprenderlas, de no contemplar los textos con análisis fríamente objetivos sino su mundo de vivencias, que no son más que momentos de la conciencia del mundo, de una memoria atemporal del hombre en su eterna búsqueda de la existencia humana en la naturaleza. En Marasso llegó a ser natural, consubstanciada con su persona, esta actitud plena de humanista, en su vida, en su creación y en su crítica literaria.